



CUANDO estas líneas aparezcan en público, se habrán llevado ya a cabo las elecciones generales de diputados a Cortes, esta triste farsa periódica que en nada, absolutamente en nada, contribuye a la educación política del pueblo español. Más bien todo lo contrario.

Cabe decir, en efecto, que las elecciones no son en España un acto político. La electorería tiene muy poco que ver con la política, con la verdadera política, con la educación civil del pueblo. En los más de los distritos, los candidatos —los autocandidatos, esto es, los que se presentan a sí mismos diciendo: «aquí vengo a haceros el honor de representaros; votadme!»— o compran los sufragios de sus electores o les ofrecen pequeños servicios personales o el obtener concesiones de servicios públicos, pero de ideales políticos casi nunca se habla.

Andan no poco acertados los sindicalistas al no encadenar su política a la electorería. No es que no sean políticos. Lo son y más que los de aquellos partidos que se agotan en la organización electoral y cuyos directores apenas piensan más que en coaliciones y combalachas electorales, en distribución de puestos y en otras mandangas así. Los sindicalistas han visto claro que la eficacia política, verdaderamente política de un partido de ideales se embota en el Parlamento. Los sindicalistas saben que una huelga derriba una situación gubernamental mucho mejor que una votación parlamentaria.

Es cosa curiosa que los profesionales de las

elecciones, los grandes electoreros, sean los que menos sentido político tengan. Creen que no hay opinión política allí donde la gente ni se preocupa de elecciones ni se alista en comités de partidos electorales. Y acaso se equivocan.

Mientras los viejos partidos, desde los de extrema derecha a los de extrema izquierda, andan en esto de las elecciones, el pueblo de los campos empieza a asociarse, a organizarse en sindicatos, a revolverse. Los mismos que venden sus votos al mejor postor, a un gran prócer latifundiarío, a un resuelto enemigo de las aspiraciones del proletariado rural, esos mismos se están organizando para arrancar al Poder público el máximo de concesiones, para desposeerle de sus privilegios a ese mismo prócer a quien venden el voto. ¿Contradicción? ¡No!

No es contradicción. Saben que la política, que la verdadera política ha de hacerse hoy fuera del Parlamento; saben que aunque la burguesía capitalista, latifundiaría y plutocrática llegase a constituir mayoría parlamentaria mediante la compra, directa o indirecta, del sufragio, el pueblo, incluso en él los mismos que venden su voto, llegará a imponerles soluciones políticas; saben que las leyes más fundamentales, las más renovadoras, las más revolucionarias, se fraguan fuera del Parlamento; saben que si el pueblo quiere algo, y lo quiere de veras, no hace falta que haya un solo diputado que lo pida y que aunque la inmensa ma-

yoría de los diputados y aun todos ellos, se opongan a ello, lo obtendrá y saben además que de nada sirve que un partido entronizado en el Poder se empeñe en implantar leyes cuya necesidad nadie siente.

¿Que el Parlamento es el mejor sitio para hacer opinión pública política? ¿Que desde ninguna otra tribuna pública resuena más una lección política que desde la tribuna parlamentaria? Tampoco lo creemos. La convencional liturgia que allí domina quita eficacia a lo que allí se diga. Un mitin vale por una docena de sesiones del Congreso. Y además el orador se expone más hablando en un mitin.

No sabemos al escribir estas líneas cuál será el resultado de las elecciones, pues que las escribimos antes del día 1.º de Junio y fuera del

ruedo electorero —fuera de él aunque quien esto escribe aparece en una candidatura de izquierda del distrito electoral de Barcelona— no sabemos qué resultará de las inminentes elecciones de diputados a Cortes, pero sabemos que hay que hacer política fuera del Parlamento, fuera de los comités electorales, fuera de toda electorería y que hay que hacerla sin dar gran valor a la etiqueta de partido, sin necesidad de ponerse mote, sin alistarse en gremio político; que hay que hacer opinión pública, en fin.

¿Ir al Parlamento? ¿Para qué? A donde hay que ir es al pueblo, para enseñarle y para aprender de él, para decirle la verdad y para saber la verdad de cómo vive.

Miguel de Unamuno

